

del hombre y de la mujer es, según opinión unánime de todo el mundo, la base de la moralidad. Y bien, ¿no es hoy el matrimonio más moral que en los tiempos pasados? Consúltense los hechos sin preocupación. Donde reina la poligamia, ¿puede haber verdadera moralidad? La poligamia es más bien la falta completa del elemento moral en la sociedad del hombre y de la mujer. La monogamia ha sido, pues, un inmenso progreso. Pero el hecho sólo de la monogamia no basta; es preciso ver el sentido que le atribuyen las leyes y la conciencia general. Aquí se presenta un vasto campo de progreso para el desarrollo moral. Entre los griegos la mujer está todavía separada del hombre, no vive de su vida. Hay más intimidad en el matrimonio romano; desgraciadamente la facilidad del divorcio vicia en su esencia la institución del matrimonio. El cristianismo santifica la unión conyugal, convirtiéndola en un sacramento. Pero la mujer sigue aún subordinada y como sometida á una especie de reprobación. Hoy el matrimonio es la unión de las almas; estamos lejos de haber realizado este ideal, pero ha entrado ya en la conciencia humana, y ayudará á transformar la humanidad.

La cuestión del progreso moral es tan grave, que se nos permitirá citar aún otra prueba en apoyo de lo que decimos. Durante muchos siglos el hombre no ha visto más objeto en su existencia que su felicidad, felicidad material en un principio, que procuraba encontrar su realización en los placeres físicos. Hasta ha habido una revelación que pretendía ser de origen divino, que ha señalado como objeto de la existencia, como ideal y como recompensa, la felicidad temporal. La felicidad cambió de naturaleza en el cristianismo; se la hizo consistir en la salvación; es decir, en un placer puramente espiritual, tan espiritual, que el hombre no puede ni aún concebirlo. Si en la realidad de la vida los hombres hacen poco caso de esta felicidad mística, no por eso es menos cierto que van siempre en pos de la felicidad. Esta concepción vicia el sentido moral. ¿A qué queda reducida la moralidad, cuando la religión misma propone á los hombres la felicidad como último término de su destino? Para las masas la virtud es un préstamo con interés que el fiel hace á Dios. Cuando la virtud no es un cálculo grosero, por lo menos queda rebajada, envilecida, porque

no es ya un fin, sino un medio; lo cual excluye la verdadera moralidad. Hay otro ideal más elevado y más verdadero, que ha penetrado en la conciencia humana; el fin no es ya la felicidad, sino el desarrollo más amplio, más completo de todas nuestras facultades. En esta doctrina el deber moral debe cumplirse nada más que por ser deber, abstracción hecha de toda idea de pena ó de recompensa; el desenvolvimiento moral es nuestra misión, lo mismo que el desenvolvimiento intelectual. ¿No es un inmenso progreso esta transformación de la idea de la felicidad? Puede afirmarse que la verdadera moralidad no nace sino cuando el principio del deber reemplaza á la larga ilusión de la felicidad. Es verdad que estamos lejos, muy lejos de encontrarnos á la altura de este nuevo ideal; pero ¿no tenemos delante de nosotros una eternidad para realizarlo?

III.

Llegamos á la consecuencia de que hay progreso individual y progreso social. Queda una cuestión tan importante como las que acabamos de tratar. ¿Qué relación hay entre el desarrollo del individuo y el de la sociedad? Los términos en que planteamos el problema responden desde luego al error de los que limitan el progreso á las instituciones sociales y políticas. Esta es una opinión muy generalizada en nuestros tiempos. No porque los socialistas no tomen interés por el individuo; pero imbuidos como están en la antigua preocupación de que la felicidad es nuestro fin y nuestro ideal, se echan á imaginar una organización social en la cual encuentren los hombres el bienestar material y á la vez los gozos del espíritu y del sentimiento. Hay en esta concepción muchas ilusiones, muchos extravíos. Los socialistas olvidan que el hombre es el artista del progreso que se realiza en todas las esferas de la actividad, y por consiguiente él es quien ha de perfeccionar la sociedad: y ¿cómo lo ha de hacer, si permanece estacionario? Póngase á un salvaje en una sociedad tan perfecta como se quiera, en la isla de Utopia; ¿qué hará? Volverá á sus bosques, porque allí encontrará una existencia más conforme á sus gustos y á sus ideas.

Si se quiere transformar la sociedad, hay que empezar por transformar al hombre. Hay otro vicio más grande en la doctrina de los socialistas. Reducen al hombre al estado de animal ó de máquina; poco importa el desarrollo intelectual y moral del individuo, con tal que la máquina esté sabiamente organizada. El hombre queda rebajado al estado de instrumento; el fin no es ya él, sino la sociedad. Esto acaba por absorber al individuo en la sociedad, es decir, por anularlo. ¡Singular progreso que, si pudiera realizarse, anularía los seres cuya felicidad se propone obtener!

Es verdad que las instituciones sociales han de perfeccionarse, puesto que el hombre no puede realizar su destino más que en el estado de sociedad. Perfeccionar la sociedad es multiplicar los medios que el hombre tiene á su disposición para trabajar en su perfeccionamiento. Esto supone que la sociedad es el medio en que el hombre debe vivir, que ha sido hecha para él, y no él para la sociedad; solamente de este modo puede el hombre realizar su destino. Las instituciones sociales deben favorecerle, pero se equivoca lastimosamente el que crea que basta una sociedad sabiamente organizada para que el individuo sea tan perfecto como puede serlo. El principio de nuestra perfectibilidad reside en nosotros mismos, en las facultades, en las fuerzas que Dios nos ha dado; se trata de desarrollarlas. Para esto es necesario que el hombre piense y trabaje. Cada uno de nosotros debe ser el artista de su perfeccionamiento. Por consiguiente, es necesario excitar la actividad individual y favorecerla, en lugar de amortiguarla. Y ¿no sería amortiguarla el hacer creer al hombre que basta que la máquina política esté bien montada para que todo marche admirablemente en el mejor de los mundos posibles? La energía individual puede en rigor suplir á los vicios de la organización social; pero el organismo más perfecto no suplirá nunca á la energía del individuo.

Hay otro escollo, otro exceso, y es el mirarlo todo bajo el punto de vista del individuo, de su perfeccionamiento, y considerar como indiferentes las instituciones sociales. Esta era la tendencia del estoicismo, y en ciertos puntos la doctrina cristiana ha reproducido los errores de los estóicos. ¿Qué le importaba á Epicteto ser esclavo? No por eso dejaba de ser libre en su fuero interno, puesto que se había emancipado de la tiranía de las pasiones. ¿Qué le

importaba al cristiano el despotismo del imperio? Ciudadano de la celeste Jerusalen, extranjero en este mundo, su misión quedaba realizada cuando había asegurado la salvación de su alma. Los cristianos, lo mismo que los estóicos, olvidaban que el hombre es un sér sociable por su naturaleza, así como es un sér dotado de razón. Puesto que debe vivir en el estado social para desarrollar sus facultades, ¿no es trabajar en su perfeccionamiento el perfeccionar las instituciones sociales? Que un Epicteto se perfeccione á pesar de las cadenas de la esclavitud, es una rara excepción. A su lado se encuentran millares de desgraciados á quienes degrada la servidumbre; asimilados á los animales, acaban por parecerse á ellos. Y además, ¿no corrompe la esclavitud lo mismo al señor que al esclavo? Se ha realizado, pues, un gran progreso en la moralidad al romper las cadenas del esclavo. Lo que decimos de la esclavitud, puede repetirse de todas las instituciones viciosas.

Hay, pues, acción y reacción de la sociedad sobre el individuo y del individuo sobre la sociedad. Trabajen los hombres todos en su perfeccionamiento, la sociedad seguirá este progreso, modificará sus instituciones á cada progreso que sus miembros hayan realizado, y solamente cuando el progreso social tenga por apoyo el progreso individual, será estable y definitivo. Si las sociedades europeas pasan de la revolución á la reacción, del magnífico arranque de 1789 á los golpes de Estado que confiscan las conquistas de 1789, ¿no consistirá en que el progreso social ha ido más allá que el progreso individual? Carece por consiguiente de base sólida, como un edificio construido sobre la arena movediza del desierto. Pero también la sociedad ejerce acción sobre los individuos. ¡Compárese un Estado en que la libertad esté garantida con un gobierno despótico! En éste los ánimos se rebajan, se envilecen, al paso que en el otro se elevan y se ennoblecen. Pero para esto es necesario el concurso activo del individuo. En vano proclamará una constitución todas las libertades imaginables; si los ánimos están encadenados por la superstición, si están degradados por la ignorancia, la libertad política no será más que una amarga irrisión, cuando no una vergonzosa explotación de la necedad humana.

Hasta aquí caminamos apoyados en los hechos. El vínculo entre

el individuo y la sociedad suscita todavía otra cuestión más difícil, puesto que pertenece al dominio de la fe más bien que al de la historia. El individuo trabaja en el progreso social: ¿sacará provecho de un progreso que no ha de realizarse hasta después de su muerte? Y si no saca provecho, ¿no es esto sacrificar el individuo al todo y venir á parar á una especie de panteísmo social en que desaparece el individuo para no dejar subsistir más que un solo sér, la humanidad? La cuestión es grave. Esta aparente absorción del individuo en la especie, ha alejado de la doctrina del progreso á los pensadores que desean ante todo el desenvolvimiento individual; y si realmente el progreso hubiera de venir á parar á anular al individuo, ¿no sería absurdo seguir hablando de progreso? Es preciso, pues, abordar el problema, no obstante su oscuridad.

Puede darse desde luego una respuesta y es perentoria. Si realmente los individuos trabajan en el progreso social, es evidente que ellos son los primeros en sacar provecho de sus esfuerzos, aun cuando la sociedad no recoja los frutos sino al cabo de algunos siglos. En efecto; ¿es posible contribuir al perfeccionamiento de la sociedad sin perfeccionarse á sí mismo? ¿No crece la inteligencia por el mero hecho de ejercitar sus facultades? ¿No se eleva el alma cuando el hombre trabaja sin tener esperanza de recoger los frutos del campo que está sembrando? ¿No es éste el sacrificio más puro y más noble de sí mismo? ¿Cómo puede decirse que el que hace acto de inteligencia y de amor queda anulado en aras de la humanidad, cuando realiza su misión de hombre en su más elevada significación?

Esta respuesta basta para desviar la objeción. Hay otra que va encaminada á la fe. Hemos dicho que la filosofía se forma de la vida futura una idea diferente de la del cristianismo tradicional. Admite que el hombre, al morir, continua su existencia infinita. Debe, pues, renacer. Acerca de este punto hay conformidad entre los filósofos que creen en una esencia espiritual. Pero ¿dónde y en qué condiciones tendrá lugar nuestro renacimiento? La respuesta á esta pregunta pertenece á la fe. Todo lo que la filosofía puede afirmar es que el hombre ha de renacer en un medio en el que continuará su existencia tal como él mismo la ha desarrollado en su vida anterior; por consiguiente, el lugar debe ser diferente se-

gun el desarrollo que cada cual alcance en su vida actual. Puede ser la tierra en que vivimos. En este caso es evidente que el hombre se aprovecha directamente de los progresos realizados por las sociedades terrestres. Puede también ser otro globo, en el que encontraremos una sociedad con la cual estamos en relación de sentimientos, de ideas, de tendencias; allí no sacaremos partido directamente del progreso social que se realiza en este mundo. ¿Quiere esto decir que nuestro trabajo habrá sido estéril? El hombre no es un sér aislado; un vínculo incontestable le une á la humanidad y aun á toda la creación. Hay, pues, relaciones ciertas, aunque para nosotros desconocidas, entre las generaciones que se suceden en esta tierra, así como entre todos los habitantes de la inmensidad de los cielos. Es una gran familia en la cual se encuentran seres que nos son queridos. Si estos amigos, si estos parientes aprovechan el trabajo á que nos dedicamos en esta vida, ¿quién se atreverá á decir que nuestro trabajo es inútil?

¡Sueños! dirán los partidarios del cristianismo tradicional. Y hacen valer estos sueños contra la doctrina del progreso con la cual los identifican. Puede llamarse sueño á nuestra fe; pero la censura estará muy fuera de lugar en boca de los que creen en el paraíso y en el infierno. Si alguna vez ha habido un sueño, lo es ciertamente la idea que la doctrina ortodoxa se forma de la vida futura. El paraíso es un sueño aburrido, y el infierno un sueño horrible. Estos sueños se van desvaneciendo; ya puede llorarlos la teología. En el seno mismo del cristianismo, la creencia en una vida progresiva tiende á reemplazar á la creencia tradicional. Cuando esta fe sea general, ya no se la llamará un sueño. Ya hoy inspira á todos aquellos que no admiten el dogma católico. Poco importan las disidencias de detalle, que son inevitables; éstas no impiden que los hombres se reúnan en una fe común. Esta fe da una fuerza singular á los que la poseen; convencidos de su eternidad, son pacientes y fuertes como el Eterno. Esta es la fórmula religiosa del dogma de la perfectibilidad. Tenemos una eternidad delante de nosotros, y cada cual hace su destino en esta existencia sin fin. No se pierde nada del trabajo á que nos dedicamos. ¡Móvil poderoso para excitarnos á trabajar incesantemente en nuestro perfeccionamiento!